

piendum esse revera: Sic autem hortus mariti non intelligendus sed hortus uxoris, ut solet vulgo, ubi ea metaphora utuntur scriptores... *Κύπαρος* glans partis, qua viri sumus, et per Metonymiam ponitur pro toto viro... Inde diminitivum *κυναρπίσκος*... et hoc commode glandulam denotat pueri tenelli quem post novem Lunas ex horto suo ederet matrem.»

LXX.

AMALTEA. Nombre de la cabra que crió á Júpiter. En premio de sus buenos oficios fué colocada con sus cabritos entre los astros. Uno de sus cuernos, regalado por el padre de los dioses á las ninfas que le cuidaron en la niñez, tenía la virtud de producir cuanto quisieran. Llamábase el cuerno de la abundancia. A este propósito recuerdo un epigrama griego de Callicter, que prueba cuán antiguo es el dar á los cuernos cierta significación maliciosa, tan explotada por nuestro Quevedo:

Al marido que se encuentra,
Sin comprarlo, el trigo en casa,
Su mujer le trajo en dote
Un cuerno... de la Abundancia.

TARTESIO. Región feracísima de la Bética. Anacreonte alude á su rey Argantonio, que se supone reinó en ella 150 años.

LXXI.

MES POSIDEON. Correspondía, según el calendario ático, á nuestros meses de noviembre y diciembre. Recibía su nombre de las fiestas *Posideas* que se celebraban en él en honor de Neptuno.

EPIGRAMAS.

I.

Entre los mármoles citados por el editor de los Turinenses (*Anthol. Palat.* París, 1864, I, pág. 237) hay un relieve que representa tres bacantes en forma parecida á la descrita por Anacreonte. Una lleva el tirso, otra un canastillo de uvas y otra un cordero ó cabrito.

II.

Pausanias vió la estatua á que se refiere este epigrama, y dice que era de una yegua llamada *Aura*, vencedora en la carrera de los juegos Olímpicos (VI, 13, 9).

III.

NUMEN DEL ARCO DE PLATA. Es Apolo, á quien con frecuencia se dirigía esta invocación.

VI.

Anaxágoras fué un escultor natural de Egina, que después de la batalla de Platea hizo una estatua de Júpiter, erigida en Olimpia por los Griegos vencedores.

X.

Según parece, Timonax, maestro de gimnasia, había colocado ante el vestíbulo de su casa, en honor de Mercurio, una columna cuadrada de las llamadas *hermas*, ó un altar. El monumento se dirige á los transeuntes, exhortándoles á hacer votos por el dueño, y es de notar que servía para lo mismo que los rótulos de nuestros días.

En la *Antología Palatina* (cap. vi, Ep. 144) sigue á este epigrama otro sobre una estatua consagrada á Mercurio por Leócrates, hijo de Estrebo, pero debe atribuirse á Simónides. He aquí su traducción:

Hijo de Estrebo, ilustre Leocrates,
Cuando á Hermes erigistes esta estatua
Las bien trenzadas Gracias aplaudieron;
Aplaudió la Academia alborozada.

XII.

Barnes (*Vit. Anacr.*, pár. 6) cree que este Timócrito fué un teyano, conciudadano de Anacreonte, muerto por los Tracios en la defensa de Abdera, su nueva patria.

XV.

Cicerón (*Verr.*, iv, 60) dice que la célebre vaca de Mirón se conservaba en la plaza de Atenas. En tiempo de Pausanias ya había sido llevada á Roma, donde, según Procopio (*De bello Goth.*, iv, 21), se guardaba en el templo de la Paz. En el cap. ix de la *Antología* hay otros veinticuatro epigramas sobre el mismo asunto.

XVII.

Más bien que epigrama, es el principio de un poema más largo, consagrado á la memoria de Aristoclides.

SAFO.

Nació esta célebre poetisa en Eresos ó en Mitylene, isla de Lesbos, hacia el año de 620 antes de J. C., y murió hacia el 565. Grande fué en la antigüedad griega la fama de Safo, y por demás incompletos los detalles biográficos que de ella se conocen; en cambio, su nombre va unido á multitud de fábulas y leyendas.

Sábese que era contemporánea y algo más joven que el poeta Alceo, quien pretendióla por esposa. Aristóteles, en su *Retórica*, no sólo habla de la pasión que Safo inspiró á Alceo, sino que cita los versos de éste á la poetisa. Sábese también que Safo desdeñó á Alceo como esposo; pero se unió á él en la patriótica lucha empeñada contra el tirano de Lesbos, Pittaco. O por haber tomado parte en la conspiración que estalló hacia el año de 596 antes de J. C., ó por escribir algunos versos desagradables al tirano, fué desterrada de Lesbos, á la vez

que los principales conspiradores, y refugióse en Sicilia.

Relatan este suceso los mármoles de Paros, y aunque la fecha aparece borrada, debió ocurrir entre 604 y 592 antes de J. C., porque se sabe que la conspiración en que intervino Alceo realizóse positivamente en 596.

Algunas de las poesías de Safo atestiguan que volvió á Lesbos hacia el año de 570, permaneciendo en su patria durante el resto de su vida.

Cuenta Herodoto que tuvo Safo un hermano llamado Charaxos, hijo como ella de Scamandronyme, ciudadano de Mitylene; que este Charaxos emancipó, pagando por ello gruesa suma, á la cortesana Rhodopis, y que Safo en una poesía censuró con dureza á su hermano tan insensata acción. El hecho ocurrió en el año 570.

Suponiendo que tuviera veinticinco de edad al ser desterrada de Lesbos, contaría unos cincuenta al criticar acremente la conducta de su hermano, y no atienden á estas fechas los críticos que toman la dura reprensión á Charaxos como argumento en contra de lo que las leyendas dicen sobre desordenadas costumbres de Safo. No fué cortesana la célebre poetisa; pero aun siéndolo en su juventud, pudo dar buenos consejos en la madura edad.

Por Herodoto sabemos el nombre del padre de Safo y el de su hermano Charaxos. Además tuvo otros dos: Larichos, á quien dedicó versos, y Eri-gios, citado por los escoliastas de las comedias griegas, que también nombran á su madre, Cleis.

Se ha creído que tuvo Safo una hija, llamada

Cleis como su madre, y fúndase la creencia en unos versos que se le atribuyen, y dicen: «Tengo una bella niña, mi amable Cleis, cuya hermosura iguala á las Chrysanthemes, y que no trocara por toda la Lydia.»

Cita estos versos el gramático Hephestión, pero no al autor, y aunque fueran de Safo, no podría asegurarse si aludía á una hija ó á cualquiera de las muchas jóvenes que la acompañaban de continuo y á quienes elogiaba en parecidas frases.

También se le atribuyó un marido, nombrado Cercolas y natural de Andros; pero el equívoco obsceno que se oculta en el extraño nombre de Cercolas, demuestra que algún cómico griego inventó tal bufonada.

Estas noticias y alguna que otra indicación contenida en los fragmentos de sus composiciones, es lo único positivo que de Safo se sabe; y probablemente tampoco supieron más los Griegos, grandes admiradores de los versos de la célebre poetisa, cuyas composiciones clasificaban entre las obras maestras de su idioma, pues obligados se vieron á reemplazar con fábulas la verdadera biografía de Safo.

Esta versión fabulosa de la vida de la poetisa es la más popular, y se debe principalmente á las invenciones de los cómicos griegos de los siglos v y iv antes de J. C.

Dice la fábula que locamente enamorada Safo del bello Phaón, barquero de Mitylene, y no correspondida, corrió tras él por mares y tierras, siguiéndole á Sicilia, hasta que la desesperación de

ver á una rival preferida, le hizo volver á Lesbos y arrojarse al mar desde lo alto del promontorio de Leucades.

Debe advertirse que siendo esta aventura asunto apropiado para una tragedia, sólo la aprovecharon los poetas cómicos. Ameipsias, Amphis, Antiphane, Diphile, Ehippus, Timocles, hicieron comedias de *Safo*, y el poeta cómico Platón, de *Phaón*. Todas estas comedias han desaparecido, pero se sabe que los hechos atribuídos á Safo eran objeto de parodias y bufonadas.

Herodoto, tan minucioso hasta en los más pequeños detalles, daría seguramente noticia del fin trágico de *Safo*, si esta leyenda fuera en su época de público dominio. Para Otfrierd Müller, tiene todos los caracteres de un mito.

«Cierto es, dice el historiador de la literatura griega, que habla Safo con frecuencia en sus poesías de un joven á quien de todo corazón amaba, á pesar de que la tratase con marcada indiferencia; pero en ninguno de los versos que de Safo quedan se nombra al joven Phaón, ni se dice que públicamente buscara su cariño. Añádase á esto que algunas descripciones de la maravillosa belleza de Phaón y del amor que inspiró á la diosa Aphrodita están evidentemente tomadas de la historia de Adonis, y reproducen con completa exactitud los caracteres de este mito.

»Hesiodo habla de un Phaetón, hijo de Aurora y de Cephalá, que Aphrodita robó siendo niño y dedicó á guardián y sacerdote del santuario de sus templos. Indudablemente la fábula de Adonis, lle-

vada de Chipre á Grecia, ha sido base de esta tradición, y cabe deducir que los Griegos dieron á este favorito de Aphrodita el nombre de Phaetón ó Phaón, convirtiéndole al fin, merced á falsas interpretaciones, en el amante de Safo.

»Acaso en alguna de sus muchas poesías á Adonis cantó Safo al bello Phaón con ardimiento tal que permitiera interpretar los versos cual dirigidos al propio amante.»

Lo del salto de Leucades era una leyenda anterior á Safo, y que además de la fábula de Leucateo tuvo por heroína á cierta Calycé, cantada por Stesicoro. Calycé era una bella joven, enamorada de otro Phaón, desdeñoso de su cariño, que puso fin á sus penas arrojándose al mar.

Fuera en honor de Leucateo ó en el de Calycé, instituyóse una ceremonia expiatoria en el promontorio de Leucades, y gracias á una confusión frecuente en las fábulas griegas, todo esto se fué agrupando en el curso de los siglos al nombre y fama de Safo.

Más difícil es averiguar la certeza de lo que en la antigüedad se aseguraba tocante á las malas costumbres de Safo y á la especial depravación de las Lesbianas, de que con insistencia se la acusa. Son principal fundamento de la acusación los versos de la poetisa. Los fragmentos más importantes que á nosotros han llegado son la *Oda á Afrodita* y la composición que tan perfectamente imitó Catulo en el mismo ritmo de los versos griegos:

Ille mi par esse diis videtur...

Ambas poesías, impregnadas de ardiente amor, están dirigidas á mujeres. En otras muchas composiciones, de las que sólo conocemos algunos versos citados por los gramáticos griegos, casi siempre se dirige á mujeres, y emplea al hablarlas un tono apasionado que causa extrañeza.

Conocidos son los nombres de todas sus jóvenes amigas y la gracia particular de cada una de ellas, gracia que á la poetisa gusta describir de un rasgo: son la milesiana Anactoria, Gongyla de Colophón, Eunice de Salamina, Gyrimna Atthis, Mnasidice: censura á esta última por su carácter sombrío, siendo tan linda y más graciosa que la delicada Gyrimna.

Explica Müller el sentido de tales versos, recordando la íntima amistad que unía á casadas y doncellas, afiliadas en cofradías ó asociaciones, no sólo en Lesbos, sino en toda Eolia. Tales asociaciones, donde se cultivaba la poesía y la música, formábanse de ordinario alrededor de una mujer de madura edad y probado talento, pudiendo ser éste el papel de Safo junto á sus jóvenes compañeras. Reconoce Müller, sin embargo, que la mayoría de sus versos reflejan mejor la pasión amorosa que la maternal solicitud. Puede verse, sin embargo, en otros fragmentos que la afición de Safo á las mujeres no era exclusiva, pues no son pocos los apasionados versos que á los jóvenes dedica.

Mortificaba á la crítica moderna encontrar reunidos en una sola persona tanto talento poético y tan depravadas costumbres, y arregló las cosas en el próximo pasado siglo, inventando una Safo cor-

tesana, completamente distinta de la poetisa. Ya habían apelado á este subterfugio Atheneo y Elien, atribuyendo á una Safo, célebre cortesana de Eresos, el amor al bello Phaón, el salto de Leucades y el vicio contrario á la naturaleza de que se acusa á las Lesbianas.

Visconti renovó esta tesis apoyándola con el descubrimiento de una medalla de Safo, acuñada en Eresos; pero los mismos versos de la poetisa han podido dar muy bien motivo á la calumnia ó á la murmuración, y es lo cierto que toda la antigüedad, así los poetas cómicos griegos como los poetas latinos, Catulo, Horacio, Ovidio que hizo una de sus *Heroídas* con las aventuras de Safo, Cicerón que habla de su estatua, una obra maestra de Silanión robada por Verres, sólo han conocido una Safo. La medalla de Eresos prueba tan sólo que dos ciudades se disputaban el honor de su nacimiento.

Conocemos los fragmentos de sus poesías por Aristóteles, Plutarco, Atheneo, Stobeo, Hephéstión, Longino y Dionisio de Halicarnaso. Las dos composiciones que parecen completas, la *Oda á una mujer amada*, que imitó Catulo, y la *Oda á Afrodita*, las han conservado, la primera Longino, que la cita en su *Tratado de lo sublime*, y la segunda Dionisio de Halicarnaso. Ambas están escritas en versos llamados *sáficos*, porque Safo enriqueció la poesía griega con uno de los metros líricos más armoniosos, metro que Horacio trasladó con éxito admirable á la poesía latina. También inventó el verso *eólico*, una especie de armo-

nia para el canto, y un instrumento de música llamado *pectis*, cuya forma y uso nos son desconocidos.

Además de los poemas sáficos, compuso epitalamios ó himeneos. Su estimación así de los atractivos de los hombres como de los encantos de las mujeres le daban especiales condiciones para cultivar este género de poesías, que, á juzgar por los fragmentos que restan, tenían exquisita gracia, y reflejan á la vez la ingenuidad de las costumbres de la época y el ardiente corazón de la poetisa. El himeneo de Catulo: *Vesper adest, juvenes, consurgite*, es seguramente una imitación del himeneo sáfico, hecha en el mismo metro.

También compuso Safo himnos á los dioses, á quienes invocaba para que se dignasen bajar de las moradas celestiales á la tierra; pero apenas se tienen noticias del especial carácter de estas composiciones.

En general, las poesías de Safo no se dividen en varias clases, y los antiguos críticos las clasificaban en libros, con arreglo al metro, conteniendo el primero las odas ó estrofas sáficas, el segundo los poemas en versos alcaicos, etc. De esta suerte, los epitalamios, por ejemplo, estaban dispersos en los diferentes libros.

Hay en la historia de Solón, contemporáneo de la poetisa, un hecho que demuestra cuán grande fué su fama y con cuánta rapidez se extendió por toda Grecia. Oyendo el sabio recitar á un sobrino suyo un canto de Safo, dijo: «No quisiera morir sin saber de memoria ese canto.»

La antigüedad atestigua con perfecta unanimidad que por la gracia y el encanto no tuvieron rival las poesías de Safo.

La versión castellana de las dos primeras odas que á continuación publicamos es de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. La de las demás odas, de los hermanos Canga-Argüelles, y la de las cantilenas, epigramas y fragmentos de los señores Canga-Argüelles y de D. José Antonio Conde.

ODAS.

I.

¡Oh tú en cien tronos Afrodita reina,
Hija de Zeus, inmortal, dolosa :
No me acongojes con pesar y tedio

Ruégote, Cipria!

Antes acude como en otros días,
Mi voz oyendo y mi encendido ruego ;
Por mí dejaste la del padre Jove

Alta morada.

El áureo carro que veloces llevan
Lindos gorriones, sacudiendo el ala,
Al negro suelo, desde el éter puro

Raudo bajaba.

Y tú, oh dichosa, en tu inmortal semblante
Te sonreías: «¿Para qué me llamas?
¿Cuál es tu anhelo? ¿qué padeces hora?

Me preguntabas.

»¿Arde de nuevo el corazón inquieto?
¿A quién pretendes enredar en suave
Lazo de amores? ¿Quién tu red evita,
Mísera Safo?

»Que si te huye, tornará á tus brazos,
Y más propicio ofreceráte dones,
Y cuando esquives el ardiente beso,
Querrá besarte.»

Ven, pues, oh Diosa, y mis anhelos cumple,
Liberta al alma de su dura pena;
Cual protectora, en la batalla lidia
Siempre á mi lado.

II.

Igual parece á los eternos dioses
Quien logra verse frente á tí sentado:
¡Feliz si goza tu palabra suave,
Suave tu risa!

A mí en el pecho el corazón se oprime
Sólo en mirarte: ni la voz acierta
De mi garganta á prorrumpir; y rota
Calla la lengua.

Fuego sutil dentro mi cuerpo todo
Presto discurre: los inciertos ojos
Vagan sin rumbo: los oídos hacen
Ronco zumbido.

Cúbrome toda de sudor helado:
Pálida quedo cual marchita yerba;
Y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte,
Muerta parezco.

III.

Ven, cara Venus, poderosa en Chipre,
Propicia ven; y favorable entre estos
Huéspedes caros, huéspedes ¡oh Diosa!
Míos y tuyos,
Ven á libar el agradable néctar,
Y á derramar en los dorados vasos
Vino mezclado con pequeñas rosas
Plácidamente.

IV.

Misera Safo, tu yacerás muerta,
Y tu memoria morirá contigo;
Ni ya tu frente ceñirá del Pierío
Rosa cogida.
Irás al Orco, de la luz privada;
Ni nadie ya te mirará, mezquina,
Desque te lleve á los oscuros manes
Rápido vuelo.

V.

Si á las hermosas, apacibles flores,
Tal vez monarca Jove dar quisiera,
Para este cargo la encendida rosa
Fuera elegida.

Ella es el dije de la madre tierra;
 Ella es la gloria de las plantas todas;
 Como á sus ojos ámanla, y la quieren
 Ramas y flores.

Honra los prados su luciente grana,
 Y de hermosura sin igual ceñida,
 A los placeres amorosamente
 Llama las almas.

De verdes hojas coronada, ostenta
 Toda su pompa y vanidad süave,
 Y en su oloroso y delicado cáliz
 Céfiro ríe.

CANTILENAS.

I.

La luna luminosa
 Huyó con las Pleyadas;
 La noche silenciosa
 Ya llega á la mitad;
 La hora pasó, y en vela
 Sola en mi lecho, en tanto
 Suelto la rienda al llanto
 Sin esperar piedad.

II.

Amor, que el pecho mío
 Continamente agita,
 Es dulce y es impío,
 Y es más que una avecita
 Volátil y ligero.
 ¡Ay! de su dardo fiero,

¿Quién consiguió victoria?
Renueva, amada mía,
Renueva la memoria
De cuando Atis ardía,
Tu dulce amor odiaba
Y á Andromeda estimaba.

III.

Desciende, Venus bella,
Y en las doradas copas
Con el süave néctar,
Mezcla purpúreas rosas,
Y á mis dulces amigos
Que tu deidad adoran,
Con divinal bebida
Inspira y alborozá.

IV.

Será tal vez hallada
Simplecilla labriega,
Si dulce amor hirióla
Con su dorada flecha,
Amor el rapazuelo
De Venus Cítarea,
Que con su blanda mano
Doma las bravas fieras,
Y la joven hermosa
Nacida en la floresta,

Siendo de amor tocada,
Ya suaviza y templa
Las rústicas costumbres,
La esquivez de la selva,
Plegando sus vestidos
Con gracia y gentileza.

V.

De los verdes manzanos
En las frondosas cimas,
Con estruendoso ruido
Las aguas se deslizan,
Las puras frescas aguas
Que el peñasco destila:
El delicioso estruendo
De las hojas movidas
Del apacible viento
Süave sueño inspira,
Y con Venus hermosa
Soñaba que dormía;
Mas de las altas ramas,
Del viento sacudida,
Una roja manzana
De mi sueño me priva.

VI.

Al Olimpo volara,
Si alitas yo tuviera,

Cual cándida paloma,
 Y á Pafia la risueña
 Mis cuítas contara,
 Mis amorosas quejas,
 Y de allí á las alturas
 De los montes viniera,
 Y enlazaran mis brazos
 La causa de mi pena:
 Que el amor dulce amargo
 Con fiera violencia
 Mi corazón impele,
 Le arrebató y le lleva,
 Cual viento impetuoso
 Arranca por las selvas
 En los excelsos montes
 A las encinas gruesas.

VII.

La graciosa doncella
 En apartada estancia
 Pasa su edad florida
 De delicias privada;
 Sus cuidadosos padres
 Dicen:—Amor la espanta,
 Allí vive contenta,
 Que no quiere de Pafia
 Las süaves caricias;—
 Mas ¡ay! niña cuitada,
 Que ya siente tu pecho

Las amorosas llamas,
 Triste, cerrada y sola,
 Niña y enamorada.

VIII.

Morirás, bella joven;
 Ni servirá ser bella,
 Ni quedará memoria
 De tí sobre la tierra,
 Porque las frescas rosas
 No has gozado de Pieria;
 Y así desconocida
 Irás á las cavernas
 Del horroroso Dite,
 Ni será quien te vea
 Cuando en las vanas sombras
 Des fugitivas vueltas.

IX.

Alzad, alzad la casa,
 Artífices, que viene
 El esposo gallardo,
 Que á Marte se parece:
 Al menos muy más alto,
 Muy más robusto y fuerte
 Que los más esforzados
 Que la ciudad contiene.
 Todos de una vez toman